

ó de guerra de potencia á potencia, un hombre no podía conquistar el primer puesto por medio de la palabra. Cada provincia, cada ciudad tenía una tribuna; no había una nacional en donde un orador pudiese hablar á todo el país, y el congreso deliberaba á puertas cerradas. Es, pues, evidente que en la lucha con la Inglaterra, no podía uno engrandecerse sino viniendo, ora fuese en el campo de batalla, ora en las cancillerías.

Washington poseía en grado eminente las dos cualidades que hacen capaz de cosas grandes en la vida activa: firme confianza en su propia opinion, y resolucion para obrar en conformidad de ella sin desalentarse de la responsabilidad. Al salir Patricio Henry, hombre de ideas muy republicanas, del primer congreso que se tuvo para preparar la revolucion, y al ser preguntado quién fuese el primer personaje, contestó. « El mas insigne en elocuencia es el señor Rutledge, de la Carolina Meridional; pero por su sano juicio y sólido conocimiento de las cosas, incontestablemente es el coronel Washington. »

Convencido de que la causa de su país era justa, y que una causa justa en un país tan vasto no podía ménos de tener un éxito feliz, Washington se lanzó en ella resueltamente, durante nueve años que fueron necesarios para conquistar su independencia, y luego diez mas para fundar el gobierno con la política.

Washington no se presentaba en la historia como un héroe en todo punto; nada de esplendido le acompaña; tampoco sus principios habían sido señalados, su elocuencia no era grande, ni magnificas sus victorias, pero sí tenía juicio sólido, un profundo conocimiento de los hombres y de las cosas, paciencia para esperar y sufrir los ataques de aquellos exagerados que gastan las obras de los verdaderos patriotas.

Enfería de convicción y confianza en su propio juicio lo acompañaban, así en el estimar las cosas en general como en la práctica de los negocios. De mente muy libre mas por precisión que por flexibilidad, formaba sus propias ideas con el atento estudio de los hechos, sin influencia de nadie, y siempre en relacion con la realidad. Por eso, cuando había observado, pesado y adoptado un proyecto, nada le retenía, no se dejaba llevar ó contener en medio de la duda ó en la incertidumbre de las ideas de otro, ni por el deseo de la aprobacion, ni por el temor de ser contrariado. « Si algun poder terrestre pudiese (decía), ó si algun poder supremo quisiese explicar el enigma de la infalibilidad de las opiniones políticas, ninguno mas presuroso que yo recurriría á él mientras que sirva la causa pública; pero habiendo encontrado hasta ahora que el mejor guía son las rectas intenciones, y el atento exámen de las cosas, seguiré esta máxima hasta la vejez. »

Á un entendimiento libre y firme unía un corazón grande, siempre pronto á obrar, segun

sus ideas, y asumía la responsabilidad de sus propios hechos y acciones, ya fuese grande ó pequeña la ocasion, ya próximas ó remotas las consecuencias.

Veinte mil hombres pudo reunir de los diversos Estados, que tenían usos diferentes y disciplina desigual. En algunos de estos los soldados nombraban sus oficiales; con frecuencia la subordinacion cedía el paso al anhelo de la libertad; no permanecían en el servicio mas que un año, y con todo eso Washington supo poner orden y disciplina. Bloqueó á Boston, en donde se reunieron nuevas tropas á Gage, recibiendo también la orden de operar con vigor; se combatió al rededor de la ciudad con éxito vario, y se multiplicaron aquellas refriegas de vanguardia, que sin embargo (como decía La Fayette mas tarde al vencedor de Arcole y de Marengo) decidían la suerte de medio mundo.

General en jefe durante nueve años, no puede decirse que ganó ninguna de aquellas grandes batallas que se recomiendan á la inmortalidad, puesto que las ventajas decisivas fueron obtenidas por otro; pero tuvo el mérito de crear un gobierno, precisamente allí donde era tan difícil conciliar los intereses y los sentimientos comunes, haciendo prevalecer estos á los desacuerdos. « Simple soldado (decía de él el mismo La Fayette) hubiera sido el mas bravo; y ciudadano privado, todos le hubieran respetado. Con un corazón recto como el suyo, y un espíritu no ménos recto, se juzgó á sí mismo y á las circunstancias. Créandole la naturaleza expresamente para esta revolucion, se hizo honor á sí misma; y para manifestar su propia obra, colocó en tal puesto que cada una de sus cualidades hubiera sido inútil á no estar sostenido por todas las demas. »

En tan largo periodo, fácilmente se comprende no faltaron á Washington obstáculos, desgracias, enemistades, traiciones, errores y languidez públicos, así como disgustos personales; pero tampoco le faltaron la fe y la esperanza. En los dias mas tristes y aciagos, y cuando tenía que luchar contra su propio disgusto, solía exclamar: « No puedo ménos de creer y esperar que por último el buen criterio del pueblo prevalecerá contra sus mismas preocupaciones... No puedo pensar que la Providencia haya hecho tanto para nada... El soberano del universo nos conduce hace tanto tiempo ya y desde tan lejos por la senda de la felicidad y de la gloria, que no querrá abandonarnos á medio camino. Nuestra locura y mala direccion pueden de vez en cuando extraviarnos, pero tengo en mi corazón la convicción fija de que aun nos queda la suficiente sensatez y virtud necesarias para volver á entrar en el camino recto, ántes de que nos perdamos. »

Y mas tarde, cuando la Francia, que tanto le había sostenido en la guerra, á él como presidente le causaba embarazos desagradables mas piligrosos que la misma guerra; cuando la Eu-

ropa conmovida y dislocada pesaba sobre él no ménos que la América, aun entónces creía y confiaba. « La rapidez de las revoluciones no es ménos maravillosa que su grandeza. ¿Cómo concluirán estas? el regulador de los sucesos es quien solo lo sabe. Para lograr nuestros deseos, confiemos en su sabiduría y bondad, sin tratar de penetrar lo que excede al conocimiento humano, procurando tan solo cumplir con los deberes que nos han sido asignados, de modo que podamos ser aprobados á la vez por la razon y por conciencia. »

X

Howe, que sucedió á Gage, fué vencido por Washington, quien pudo delibrar la ciudad de Boston, y descansar en la Nueva Escocia esperando refuerzos, mientras que eran también prósperos los sucesos en las provincias meridionales.

Resuelto el gobierno inglés á hacer todos sus esfuerzos para terminar la guerra de un golpe, y no habiendo podido sublevar los Indios del Canadá, dió principio á un torpe comercio de hombres, que enganchaba en los pequeños principados del imperio germánico, obligándose á pagar treinta taleres por cabeza, y otros treinta por cada uno de los que muriesen ó por tres inutilizados en el servicio; comercio de sangre que hacían aquellos príncipes sin que precediese alianza ni que hubiese mancomunidad alguna de causa. Por tan detestables medios llegó á elevarse el ejército de tierra á cincuenta mil hombres; pero tanta infamia decidió á los hombres dudosos ó tibios, resolviéndose el congreso americano á romper abiertamente y por completo con la madre patria, y declarando las colonias independientes, para poder recurrir como tales á obtener auxilio ó socorros extranjeros, y obrar con mas resolucion.

La independencia existía de hecho ántes que la declarase el congreso á propuesta de Enrique Lee. « Creemos ser una evidente verdad (decían los diputados de las colonias) que todos los hombres han sido creados iguales, con derechos inalienables, entre los cuales se cuentan la vida, la libertad y el derecho de descubrir la felicidad. Para asegurar estos bienes, se instituyeron gobiernos, cuyo legítimo poder deriva del consentimiento de los súbditos; por manera que, siempre que una forma de gobierno contraría estos fines, al pueblo toca el alterarla ó abolirla, fundando otra nueva, apoyada en los principios indicados, y ordenándola del modo que le pareciere mas conducente á su bien y seguridad. La prudencia prescribe no cambiar un gobierno establecido por el tiempo, solo por frívolas y pasajeras razones; y la experiencia nos hace ver que los hombres son mas inclinados á soportar los males siquiera tolerables, que á hacerse justicia aboliendo un

orden de cosas á que están acostumbrados. Pero cuando una larga serie de abusos y de usurpaciones, dirigidas á un mismo fin, revela el designio de reducirlos al despotismo absoluto, es su deber el destruir tan mala clase de gobierno, y proveer con nuevas instituciones á la propia seguridad. Tal fué precisamente la paciente tolerancia de estas colonias, y tal la necesidad que las obliga á cambiar el sistema de gobierno. La historia del rey de la Gran Bretaña es una serie de repetidas iniquidades y de usurpaciones, dirigidas á establecer una tiranía absoluta, y bastará exponer esta serie de males al juicio imparcial del mundo entero. »

Y enumerados aquí los abusos, añadían: « Á cada una de estas opresiones hemos implorado justicia en términos respetuosos; pero á nuestras súplicas solo se contestó con nuevas injurias. Un príncipe que firma actos tiranos, no es digno de gobernar un pueblo libre. »

« No olvidamos tampoco recurrir á nuestros hermanos ingleses, haciéndoles ver que su cuerpo legislativo usurpaba sobre nosotros una ilegítima autoridad; hemos recordado á su memoria las circunstancias de la emigracion y de nuestro establecimiento en estos países, y hecho un llamamiento á su natural justicia y magnanimidad, conjurándoles, por nuestro común linaje, á desaprobar usurpaciones que interrumpían inevitablemente nuestra mutua correspondencia; pero ellos también se hicieron sordos á las voces de la justicia y del parentesco. Hallámonos por lo tanto en la dura necesidad de separarnos de ellos, y de mirarlos tan solo, como al resto del género humano, como amigos en la paz, y en la guerra enemigos. »

« Nosotros, pues, representantes de los Estados Unidos de América, reunidos en congreso general, implorando el supremo Juez del universo en testimonio de la rectitud de nuestras intenciones, á nombre y por la autoridad del buen pueblo de estas colonias, solemnemente publicamos y declaramos: que estas colonias unidas son y tienen el derecho de ser Estados libres é independientes, separadas de todo vasallaje de la corona de Inglaterra; toda conexión entre ellas y la Gran Bretaña es y debe ser totalmente rota; y como Estados libres é independientes, tienen pleno derecho de hacer guerra, paz, alianzas, tratados de comercio, y todo cuanto pertenece á Estados independientes. Y para sostener esta declaracion, confiando plenamente en la Divina Providencia, nos obligamos reciprocamente á ello con nuestro honor, nuestros bienes y vidas. »

Los Estados Unidos de la América Setentrional, como se intitularon, conservaron cada uno su propia constitucion, con el derecho de cambiarla, y reservando tan solo al congreso la direccion de los negocios públicos, el arreglo de las diferencias entre los Estados, el derecho de imponer contribuciones, hacer empréstitos y fijar el número de tropas y el de la marina.

Rota toda vía de acomodamiento, sin ejército, sin tesoro, y sin aliados, era preciso con todo resistir á una nacion formidable y aguerrida. Howe, sin interrumpir las tentativas de reconciliación, proseguía haciendo la guerra, por lo que los Americanos se vieron obligados á abandonar á Nueva York, que fué incendiada, como igualmente la Isla de Roda, teniendo tambien que retirarse Washington delante del enemigo. Si Howe hubiese marchado sobre Filadelfia, urgente era el peligro; pero en vez de hacerlo, tomó sus cuarteles de invierno, dando así tiempo á Washington para rehacer sus fuerzas y entusiasmo, con lo que muy pronto volvió á prosperar.

XI

Que otros admiren los grandes hombres centellantes de espléndidas cualidades: nosotros preferimos seguir á este en una grave tarea, cual es la de resistir, en la guerra y en el gobierno, en nombre de la libertad y del poder, al rey y al pueblo. Los Estados Unidos no tenían ni gobierno, ni ejército: el congreso, mera apariencia de unidad, no podia, no se atrevia ni hacia nada. Washington desde su mismo campamento, no tan solo tenia que pedir continuamente, sino sugerir é indicar al congreso lo que este debía hacer, á fin de que no fuesen una simple y vana expresion nada mas el gobierno y el ejército. Sus despachos se leían en sesion y motivaban las deliberaciones, deliberaciones que acusaban una grande inexperiencia, timidez y desconfianza; y luego todo se resolvía en órdenes del día, enmiendas, demostraciones y promesas, encomendando la accion á los gobiernos locales, y temiendo el poder militar. Washington contestaba respetuosamente, obedecía, y sin embargo insistía; mostraba la falacia de las apariencias, y como era necesario, no un temor pusilánime, sino mas bien una fuerza verdadera, en favor de aquel poder cuyo título le habian dado, y del ejército á quien se pedia la victoria.

Hasta entónces ningun poder central habia unido á las colonias. Fundadas estas y administradas cada una separadamente; encargadas de proveer cada una de por sí á su propia seguridad, á las obras públicas, y á los grandes como á los pequeños asuntos, habian contraído la costumbre de aislamiento y casi de rivalidad, que la sospechosa metrópoli procuraba siempre fomentar. ¿Cómo hacer, pues, para unir de un golpe y sin violencia elementos tan discordes? y dejándoles libres, ¿cómo hacerlos obrar de consuno al impulso de un solo poder? Las colonias desconfiaban unas de otras, y todas tenían desconfianza del congreso, nuevo, vacilante y en rivalidad con las asambleas locales; y muchas del ejército, considerado por ellas como muy peligroso á la vez á la independencia de los Estados y á la libertad de los

ciudadanos, sobre todo cuando las nuevas máximas filosóficas estaban de acuerdo con el instinto popular. Y en efecto, una de las ideas mas en boga en el siglo XVIII era el peligro que ofrecían los ejércitos permanentes, y por consiguiente la necesidad en los países libres de vigilar y atenuar su fuerza, influencia y hábitos; idea que, como otras muchas de aquel siglo, terminó en el mas desmesurado abuso del poder militar. En ningun país, en efecto, era mas general y mas ardientemente adoptada esta idea que en las colonias de América. Los mas fervientes y decididos á la lucha vigorosa y extrema se hacían los mas recelosos de la libertad civil, y miraban con ojo hosco y sospechoso el ejército, el espíritu militar y la disciplina militar; de modo que se encontraban obstáculos precisamente en donde se debían buscar los medios y la esperanza de vencerlos.

Allí no habia los recuerdos militares que habia dejado el feudalismo y naturalizado, por decirlo así, en Europa. Gente refugiada para lograr la libertad, agricultores, ó artesanos, temían el poder armado; no permitían que el servicio durase mas que un año, para que las armas no pusiesen en peligro la libertad, y aun durante aquel tiempo tan breve eran poco dóciles á la disciplina, porque sintiéndose ciudadanos, no querían otro código que el civil, conservando en el ejército las leyes de su propio país; todos estos lamentos se repetían en sus periódicos.

No faltaban en la asamblea, aunque poco práctica en el modo de gobernar, hombres inteligentes y valerosos, adictos á la causa. Algunos iban al campamento, veían con sus propios ojos, discutían con Washington, y á su vuelta manifestaban sus observaciones y los consejos del caudillo. De esta manera la asamblea se ilustraba, se confortaba, iba tomando confianza en sí misma y en su general, decretaba medidas y le confiaba aquellos poderes que necesitaba. Entónces él entablaba correspondencias y negociaciones con los gobiernos locales, con las juntas, magistrados, ó simples ciudadanos, exponiendo los hechos, invocando el buen sentido y el patriotismo; hacia redundar en beneficio público sus amistades personales, hablando con autoridad á nombre de su grado, y con persuasiva moderacion, sin ofender á nadie; de esta manera, y haciendo uso de prudentes miramientos hacia las debilidades humanas, llegó á imponer á los hombres con sus sentimientos honrados y con la verdad.

Aun saliendo airoso en esto, y despues que el congreso y los diferentes Estados le hubiesen facilitado lo necesario para formar un ejército, la accion no principiaba todavía, porque el ejército no existía; porque en este mismo ejército, objeto de tanta desconfianza, reinaba el espíritu independiente y democrático: todas las órdenes eran discutidas, y todos los cuerpos pretendían obrar por sí segun sus particulares convenios. Aquí tambien la misma inexperiencia,

la misma falta de unidad, la misma pasion de independencia individual, y el mismo contraste de intenciones patrióticas é instintos anárquicos: aquí era preciso tambien reunir y contener elementos heterogéneos, siempre prontos á disolverse; iluminar y persuadir sin comprometer la dignidad de su poder; y por fin, obtener la adhesion moral, el libre consentimiento de los oficiales, y hasta el de los soldados. Entónces, y solo entónces era cuando Washington podia pensar en la guerra, pero aun durante esta, en medio de sus escenas y peligros, siempre debía principiar, lo mismo en el país que en el ejército, este trabajo de organizacion y de gobierno.

Ni él era ya tampoco uno de aquellos héroes que forman una nacion á golpes atrevidos ó á sablazos; ántes por el contrario, veía que sin un gobierno central no adquiriría fuerza bastante, y comprendió lo que sucedía por querer darlo á la América. Sostener un ejército con soldados que solo servían un año, sin depósitos, almacenes ni municiones, fué un verdadero milagro.

El ejército casi siempre fué inferior en número al del enemigo. Sujeto á desercciones periódicas y hasta cierto punto legales; teniendo que hacer marchas, acampar y combatir en un territorio inmenso, despoblado, casi inculto, atravesado por vastas llanuras, con bosques vírgenes dilatadísimos, sin almacenes de víveres, frecuentemente sin dinero para comprarlos, y sin autoridad para pedir suministros, obligado á tener miramientos por los habitantes y sus propiedades, como si fuese en tiempo de paz; siempre expuesto á exigencias y á sufrimientos inauditos, tal era la posicion de Washington. « Durante algunos dias (escribia este en 1777) se padeció hambre en el campamento: una parte de las tropas no recibió carne en una semana, y la otra careció de ella tres ó cuatro dias. Los soldados están desnudos y se desmayan de hambre... Algunos me critican por haber puesto el ejército en cuarteles de invierno; casi creyeron que los soldados eran de madera ó de piedra, insensibles al frio y á la nieve, y capaces, á pesar de su corto número y de todas estas incomodidades, no tan solo de sujetar á crecidas tropas bien agueridas, abundantemente provistas, y encerradas en Filadelfia, sino de preservar de saqueos y extorsiones los Estados de Pensilvania y de Jersey. Mas fácil es por cierto y ménos penoso el criticar sentado en una cómoda butaca cerca del fuego, que acampar al pié de una colina fria y húmeda, y dormir sobre el hielo sin vestido y sin una manta... Yo mismo sufro cruelmente por los pobres soldados, y me compadezco al ver tantas miserias que no puedo prevenir ni aliviar. »

Si el congreso queria que no hubiese mas de cincuenta mil soldados, Washington contestaba: *Está muy bien, con tal que obliguéis al enemigo á atacarnos con ménos de tres mil.* No

teniendo indefinida confianza en el entusiasmo de tropas allegadizas, pues sabía muy bien que no es el entusiasmo el que vence, sino la perseverancia, insistía continuamente para tener un ejército permanente que le dispensase el tener que tratar á cada momento con cada uno de los Estados. Así es que escribia en 1778: « Podéis hacer cuantas teorías queráis imaginar, » hablad de patriotismo, citad ejemplos de la » historia antigua de grandes acciones llevadas » á cabo por medio de aquel; pero cualquiera » que solo se apoye en esta base, creyéndola » suficiente para sostener una guerra larga y » sangrienta, hallará por último que ha seguido » torcido camino y engañádose. Es preciso tomar las pasiones de los hombres tal cual son » y los hizo la naturaleza, y conducirse segun » los principios que en general dirigen las acciones. Esto no quiere decir que yo excluya » toda idea de patriotismo, pues sé que este » existe y que ha hecho grandes cosas en la » presente contienda; pero me atrevo á decir, » que una guerra de importancia y larga no » puede sostenerse por aquel solo, y que conviene tener una perspectiva de interes y recompensa. El patriotismo puede dar impulso » á que se haga mucho, á sufrir mucho y á sobrepujar por algun tiempo las mayores dificultades, pero si el interes no viene en apoyo, » todo eso durará poco. »

No era sin embargo partidario de un levantamiento en masa, que los hombres teóricos creen ser la mejor arma de los insurrectos; sino que conociendo á sus soldados, prefería la guerra segura y defensiva á la brillante y peligrosa: es decir, su punto objetivo era la América libre, y no su propia grandeza y elevacion. En cambio, esto le valía acusaciones diversas de parte del congreso y del ejército en sentido opuesto, pero él tenia la heroica paciencia de esperar que el tiempo corrigiese semejantes juicios.

Con tan pequeño ejército, y maniobrando en una inmensa extension de país, no pudo practicar la grande estrategia, ni dar grandes batallas; pero su superioridad, reconocida por sus compañeros de armas, nueve años de porfiada guerra, y el buen éxito definitivo, aseguraron su gloria. Llamáronle el Fabio americano, porque su talento y su inclinacion consistían en evitar encuentros, desbaratar los proyectos del enemigo y en ganar tiempo. Con todo, mas de una vez se mostró atrevido general y soldado valiente, cuando la ocasion le parecia oportuna. En 1775, delante de Boston, y al principio de la guerra, queria concluiría de un golpe, atacando impetuosamente al ejército inglés, lisonjeándose destruirle. Reuniéronse sucesivamente tres consejos de guerra con este objeto, obligándole, bien á pesar suyo, á renunciar á su proyecto, pero no á su conviccion. Al año siguiente en el Estado de Nueva York, en un tiempo sumamente frio, en medio de una retirada y con tropas desordenadas, dispuestas á

abandonarle la mayor parte para retirarse á sus casas, Washington tomó repentinamente la ofensiva, acometió á diversos cuerpos de tropas inglesas en Trenton y en Princetown, ganando dos batallas en ocho días.

Su valor personal rayaba en ocasiones en temeridad; y á ella se abandonó muchas veces para contener las milicias americanas, á fin de inspirar valor al soldado en medio de un terror pánico. En 1776, y en situación semejante, se obstinó en permanecer en el campo de batalla, esforzándose en contener con su ejemplo y hasta con la mano á los que huían despavoridos.

Pero además de saber hacer la guerra, Washington sabía dirigirla, dominarla por decirlo así, que es seguramente mas importante y difícil; pues solo la consideraba como un medio, dependiente siempre del punto de mira principal y definitivo, cual era el triunfo de la causa y la independencia de aquel país. « Conozco » mi triste posición (decía); sé que se espera mucho de mí; sé que sin tropas, sin armas, sin municiones, y sin ninguna de aquellas cosas que son necesarias al soldado, casi no se puede hacer nada de provecho. Y ¡cosa dolorosa! sé que no puedo justificarme á los ojos del mundo, sino publicando mis necesidades y mis flaquezas en perjuicio de la causa que defiende. He pensado en no hacerlo... Y tal vez, si no mirase al bien público y á mi propia tranquilidad, en la situación angustiosa en que á veces me encuentro, ya hace tiempo lo hubiera confiado todo á la suerte de una batalla. »

Á esta paciencia patriótica unía el no tener envidia ni celos de las glorias adquiridas por sus subordinados; antes por el contrario, cuando el público deseaba conocerlas, les facilitaba la ocasión y los medios de hacerlo. Tenía un gran afecto á los jefes que servían á sus órdenes, lo mismo que á sus oficiales y soldados. En sus males y trabajos, interesábase de corazón y muy de véras; velaba por sus intereses, sin por eso mostrarse ni débil ni condescendiente; y nunca dejó pasar ocasión alguna sin inculcarles la subordinación y el acatamiento, no solo á la patria, sino al poder civil, haciéndoles ver ser este su primer cuidado y deber. De aquí nacía aquel respeto y afecto que todos tenían hácia él; y cuando repetidos desastres y largos padecimientos causaban desórdenes é insinuaciones hostiles, alzábale la poderosa voz del ejército que con tierno interés le protegía.

En el estado de penuria y de desorden en que continuamente recaía aquel ejército, la influencia personal de Washington, el afecto que le tenían, el deseo de imitar su ejemplo, el temor de perder su aprecio ó tan solo de afligirle, retuvieron bajo las banderas á muchos oficiales y soldados, y reanimaron su celo, formándose aquella amistad entre camaradas y compañeros que es la noble compensación de una profesión tan fatigosa.

XII

Así perseveró nueve años. Y cuando en medio de reveses sostenidos con paciencia magnánima, se le preguntaba qué harían si el enemigo continuase avanzando, y si tomase á Filadelfia, « nos retiráremos (contestaba) mas allá del Río Susquehanna, y si es necesario á los Montes Alleghanes. »

Mas tarde, en efecto, Hove ocupó á Filadelfia; pero á Burgoyne que combatía en el Canadá, le fué tan adversa la fortuna en Saratoga, que fué hecho prisionero con su ejército y enviado á Europa.

Á la justicia y legitimidad que asisia á la insurrección de las colonias inglesas, uníase la esperanza de buen éxito fundada en que no había entonces en Inglaterra una cabeza vigorosa que dirigiese su política, mientras que en el mismo parlamento británico, elocuentes oradores, sostenidos por un partido poderoso, apoyaban las colonias y sus derechos.

Ni tampoco la Europa podía mirar con indiferencia semejante lucha. Francia y España tenían recientes injurias que vengar en América contra la Inglaterra. Rusia y Prusia manifestaban sus simpatías por las máximas liberales, y estaban muy dispuestas á aprovecharse de aquella ocasión para desacreditar á la Inglaterra, á nombre de aquella misma libertad de que ella blasonaba y que les echaba en cara. Holanda no podía menos de prestar á la América capitales y crédito contra su émula antigua. Todas las potencias de orden inferior, á quienes era nocivo ó pesado el despotismo marítimo de Inglaterra, Nápoles, Toscana, Génova, no podían menos de sentir hácia el nuevo Estado una benevolencia, tal vez tímida y sin inmediato efecto, pero útil y consoladora. Todo, pues, concurría á favorecer las colonias. Sin embargo, ¡en cuántos escollos tuvo que tropezar esta empresa; cuántos males impuso á la generación destinada á llevarla á cabo, y cuántas veces pareció y realmente estuvo próxima á sucumbir!

El congreso disponía las cosas grandes, y parecía no atreverse con las pequeñas. Hacía la guerra, y no osaba imponer la quinta ó las contribuciones, porque aquella era de su incumbencia, y estas de las asambleas particulares, en razón á que cada una de las colonias diseminadas en vastísimo territorio, fundadas en diferentes épocas y con diversos elementos, conservaban un gobierno y unidad distintos. Cuando apremiaban graves intereses, entonces los hombres de mas valía permanecían unidos al congreso, que desplegaba vigor por esto mismo; pero una vez que esta razón cesaba, se volvían á sus casas, para dirigir cada una su propia localidad, mientras que al gobierno común solo le quedaban personas de menos im-

portancia, y por lo mismo se debilitaba la obediencia, fundada sin embargo en la opinión.

En el país mismo, en medio de aquel pueblo, que en apariencia y realmente durante algún tiempo era tan unánime, encontró la independencia muchos y muy activos adversarios. Nueva York enviaba refuerzos al ejército inglés: en 1776, cuando desembarcó en las costas de aquella provincia el general Howe, un numeroso concurso de gente manifestó grande alegría; renovó el juramento de fidelidad á la corona, y tomaron muchísimas las armas. Otro tanto sucedió en Jersey, alistándose en estas dos provincias lo mismo los realistas que los republicanos. Entre aquellos, ni aun Washington estaba seguro, pues se trató de entregarle á los Ingleses, participando en ello algunos de su guardia.

Por evidente que sea el favor de la Providencia, en los asuntos de magnitud la obra es difícil, lento el buen éxito, y la generalidad de los hombres déjase llevar del cansancio ó de la impaciencia. Los colonos no se habían sublevado para sustraerse á una tiranía atroz; tampoco para recuperar los primeros bienes de la vida civil, la seguridad de sus personas y la libertad de la fe; y sin embargo, excitaban motivos personales é imperiosos; no tenían despojos sociales que dividir entre sí, no antiguas y profundas pasiones que satisfacer; ni se creaban tampoco en miles de familias ignorantes aquellos poderosos intereses, aquellos lagos groseros pero fuertes que forman frecuentemente en la vieja Europa, á la vez la fuerza y las angustias de las revoluciones.

El congreso y los gobiernos locales no hicieron en el principio mas que reunir los amigos de la independencia, sin tener en cuenta los adversarios de ellas, ni exigir nada de aquellos que pudieron excusarse. Con los opúsculos las cartas, las reuniones, y con enviar emisarios á los distritos indecisos, procuraba reanimar los espíritus, desvanecer los escrúpulos, haciendo ver la justicia de la causa, y la necesidad de obrar. Pero luego el descontento, el aumento del peligro, y la fuerza de las pasiones, obligaron muy pronto á emplear mayor rigor. Frecuentes arrestos, destierros y confiscaciones; juntas de seguridad pública disponían de la libertad de sus conciudadanos; á la arbitrariedad de los magistrados se unieron los excesos de la muchedumbre; se encendió el hálito de venganza, y la naciente República conoció por último lo que eran las penas y dolores de la guerra civil.

Cada día imponía nuevos esfuerzos y nuevos sacrificios; y tan solo los ricos propietarios tenían medios propios para sustentar la guerra, puesto que el Estado proveía mal á ello. El congreso, á quien tenía que recurrir Washington, no podía hacer mucho mas que este. Privado aquel de la fuerza necesaria para hacer cumplir sus órdenes, y casi del derecho de decretar contribuciones, hallábase reducido á indicar las

necesidades, y á pedir que se remediasen. Con un pueblo cansado, con el comercio arruinado, con el papel moneda desacreditado, no le quedaba otro medio que dirigir nuevas exhortaciones á los trece Estados, dando á Washington nuevos poderes, encargándole obtuviere por sí mismo de los gobiernos locales el reclutar gente, los víveres, el dinero, y en una palabra, todo cuanto exigía la guerra. Con este objeto le escribía el 10 de mayo de 1779: « El congreso confía plenamente en la prudencia y talento del general Washington, y espera que, dejando á un lado una excesiva delicadeza y desconfianza de sí mismo, dará toda aquella importancia que merece á su propio juicio, absteniéndose de comunicar otra cosa mas á la asamblea, respecto de sus planes y proyectos, que aquella parte que sea necesaria y que permita la combinación y rapidez de los movimientos militares. »

XIII

Acosado lord Nord por el parlamento, envió comisarios á América para que á todo trance facilitasen una conciliación. Ya era tarde; pues los Americanos sabían muy bien cuán peligroso es el fiarse y poder confiar en el perdón de un amo irritado, y sobre todo despues de haber tomado gusto á la independencia. Keppel, gran capitán, y aunque no muy bien en corte, fué elegido para hacer la guerra por mar. El congreso, adquiriendo fuerza con el peligro, concedió á Washington autoridad dictatorial, hizo empréstitos, y superando los rencores nacionales, pensó en hacer una alianza con los Franceses. Boniamino Franklin y Arturo Lee fueron despachados á negociarla en 1777, y hallaron la Europa, y especialmente la Francia, llenas de admiración en favor de las virtudes sencillas y puras de un pueblo nuevo, pero celoso de sus propios derechos, que con tropas improvisadas sabía resistir á los que hacían temblar á la Europa; los clásicos los comparaban á los Fabios y á los Curcios; los hombres filantrópicos leían en la constitución de la independencia un manifiesto contra los tiranos, y en su éxito la posibilidad de llevar á cabo cualquiera esperanza; y en fin, todos los corazones nobles y generosos palpitan en favor de esta guerra, que, entre las cuestiones políticas y dinásticas de aquel siglo, era la única que respondía á las ideas entonces ascendientes.

Además, Franklin, ilustre ya por sus escritos y descubrimientos físicos, era admirado tanto por su conducta como por su modo de vestirse sumamente sencillo; por manera que los filósofos, que eran los que dirigían la opinión pública y dispensaban la gloria, le incorporaron en sus falanges, popularizaron su fama, mientras que él, muy penetrante y sagaz, bajo el